

# Algunas notas sobre alfarería en la provincia de Segovia

**María Fuencisla DE LUCAS MORENO**  
**María Luisa SANCHEZ YAGÜE**  
**Pedro ALVAREZ DE FRUTOS**

(Alumnos de segundo curso de Historia del Colegio Universitario Domingo de Soto, de Segovia. Asignatura de Etnología.)

A la hora de revisar el panorama de las producciones artesanas en la provincia de Segovia, nos encontramos con grandes lagunas, entre las que destaca la escasez de alfares.

Parte de las responsabilidades de este vacío corresponden al rapidísimo proceso de transformación y destrucción a que esta parcela de nuestro patrimonio se ve sometida. Esta destrucción, irreversible, además, es motivo más que suficiente para justificar la documentación de los centros actuales. Tiempo habrá de trabajar sobre los ya cerrados; la urgente, ahora, lo indispensable y lo que debería hacerse a gran escala es el estudio de los pocos alfares que en la actualidad aparecen activos.

Nos ceñiremos, pues, al momento actual, y a los alfares de Fresno de Cantespino y Coca, únicos representantes en la provincia de la tarea que nos ocupa, si tenemos en cuenta el hecho de que sus productos aún guardan relación con aquellas que tradicionalmente se han venido haciendo en esos centros (1).

## C O C A

El alfarero se llama Gabriel Murciego, y tiene cincuenta años, es natural de Villalba (Madrid), soltero, y sus conocimientos proceden de tradición familiar. También trabaja con él su hermano Luis Murciego González.

El alfar se encuentra situado a unos cincuenta metros al este de la carretera provincial de Nava de la Asunción a Coca, en las cercanías del punto kilométrico 18, es decir, muy cerca de la última de las localidades citadas (2). Se trata de una construcción rectangular, de reducidas dimensiones; junto al ángulo suroeste se encuentra el horno. El recinto del alfar es de una sola nave: en él se encuentran situados el torno, la pila y unos estantes denomina-

dos «chisperos», en los que están colocados las piezas.

Utiliza la arcilla que él mismo extrae de las laderas del río Voltoya, con pala y azadón. Realiza esta operación durante todas las épocas del año, excepto cuando hiela; el mismo alfarero traslada el barro a las proximidades del alfar, donde lo extiende en el «tendal», al sol y al hielo. Tras mojarlo en varias ocasiones, lo deja secar; el fin de esta operación es «quitarle el bravío» (3). A esta actividad le sigue el «pisado» en la pila. Después se amasa en el banco para obtener los «pelotones». De ellos saldrá la «pella», que pasará directamente al horno, de tipo tradicional, con volante, cabezuela y eje. (Foto 1.)

Una vez asentada la pella, la «abre» con los pulgares, procediendo a «tirar» para darle la altura y la forma deseadas. El barro sobrante del trabajo de la pieza recibe el nombre de «realilla».

El resto de las operaciones, como el «desasentado» o «cortado», o el «alisado al trapo», son iguales a las realizadas comúnmente en todos los alfares, por lo que renunciamos a exponerlas (4).



Foto 1

(1) Ambos alfares aparecen citados en Seseña, N.: «Barros y Lozas de España», Ed. Prensa Española y Ed. Magisterio Español. Madrid, 1976, pág. 43. (Véase, además, nota 7.)

(2) Exactamente en la unión de las Hojas núms. 428, Olmedo, y 429, Navas de Oro, del Instituto Geográfico y Catastral de España (escala 1:50.000).

(3) Cita textual.

(4) Una completa descripción del proceso de fabricación puede verse en Seseña, N.: «La cerámica popular en Castilla la Nueva», Ed. Nacional, Madrid, 1975, págs. 37 a 55.

Los instrumentos auxiliares que utiliza el alfarero, son: «tiradera», «punzón», «alambre», «peine» y «suavizador».

## ACABADO Y COCCION

Acabado el torneado de las piezas, pasan éstas a los «chisperos», o bien al suelo, cerca de la estufa. Las producciones de menor tamaño (ceniceros) las pone a secar al sol.

Decora las piezas por **impresión** de dedos sobre el borde, o **incisión**, formando ondas sobre el cuerpo. A veces emplea el peine para producir bandas paralelas y verticales, que ascienden desde el fondo de la pieza. También emplea la técnica de **aplicaciones**, hojas, por ejemplo, así como el vidriado de minio.

Cuando tiene preparado suficiente número de piezas (hornada), las introduce en el horno durante un periodo aproximado de ocho horas a una temperatura de unos 800 grados. Como combustible, emplea leña de pino o «barrojo» (hojas de pino caídas). Este horno es de tipo vertical, con 18 «ojales» que comunican la caldera con la cámara. (Foto 2.)



Roto 2

## TIPOLOGIA DE LAS PRODUCCIONES Y SUS COSTOS

Se realizan en este alfar: castañeras, paragüeros, ceniceros, pies de lámparas, tiestos, botijos, jarras, cazuelas, etc. (Foto 3.)

Además, salen de aquí ánforas de diferentes tamaños y formas, así como piezas de encargo. Toda la producción del alfar se vende allí mismo, a precios muy bajos.

Son interesantes dos hechos: primero, que antes iba vendiendo sus «cacharros» por los pueblos cercanos, y segundo, que en la actualidad hace modelos diferentes a los antiguos, que ya no se venden. Un ejemplo de esta renovación pueden ser las máscaras que aquí se hacen, en varios modelos, con destino a tiendas de recuerdos. Estos productos, si bien no se acomodan a lo que puede entenderse por producciones tradicionales, suponen la justificación de que el alfar siga abierto, y de que estas pobres líneas vean la luz.

## FRESNO DE CANTESPINO

Fresno de Cantespino es una pequeña población situada al noroeste de la provincia de Segovia, en el partido judicial de Riaza (5). Su población era



Foto 3

en 1970 de 461 habitantes (6), cantidad que en la actualidad ha descendido debido a la fuerte emigración que se está produciendo en los últimos años.

Las actividades principales de sus habitantes, salvo raras excepciones, son la agricultura y la ganadería; viven en casas pequeñas, casi todas de planta baja y construidas en adobe y madera. Es interesante el hecho de que muchas casas, sobre todo las del extrarradio, tienen a un lado de la puerta de entrada una mampara vertical para resguardar del viento.

En este pequeño pueblo es donde se encuentra situado el alfar que detallamos a continuación, y que es objeto de nuestro trabajo.

El alfarero se llama Sebastián Martín Sanz, tiene cuarenta y siete años de edad, es natural de Fresno de Cantespino (Segovia), casado, y sus conocimientos proceden de tradición familiar.

El alfar se encuentra situado en el interior del pueblo, calle de San Miguel, 16, en un edificio rectangular construido con adobe, madera y cubierta de teja. Alberga, en dos estancias, dos tornos y el almacén de barro. Bajo el cobertizo del patio-corril de la vivienda del alfarero, y no lejos del alfar, se encuentra el horno.

En la primera de las estancias se encuentran situados dos tornos, de iguales características pero con cabezuelas de distinto diámetro, y la pila donde bate el barro.

La arcilla abunda en toda la comarca, aunque, según nos informó don Sebastián, no es toda de igual calidad, por lo que él la extrae siempre del lugar denominado «La Corona», de su propiedad.

El primer paso de la extracción se denomina «florear el barro», que consiste en levantar la capa de cantos que lo cubren, todavía en la cantera. Utiliza para ello pico y pala, y para transportarlo hasta el alfar un tractor de su propiedad. Una vez acarreado, el barro se extiende fuera del edificio para que se solee y se seque; desde allí se almacena en el interior. Acto seguido pasa la arcilla a la pila ya citada, y en ella se realiza la operación llamada «recalado», consistente en mezclarla con agua. Para que toda la masa tenga el mismo grado de humedad, la «castiga».

A esta operación le sigue el «sobado», y posteriormente la extracción de la pella, que pasa al torno

(5) Hoja núm. 404, Ayllón, del mapa escala 1:50.000 del Instituto Geográfico y Catastral de España.

(6) Instituto Nacional de Estadística del Ministerio de Planificación del Desarrollo. Reseña Estadística Provincial, Segovia. Madrid 1975, pág. 158.

para seguir allí las operaciones tradicionales (abrir la masa, subir, adelgazar el casco o pared de la pieza, y dar forma a la misma). Las piezas son rematadas mediante el «saltado de recortes», o afinado final. Después, y antes de retirarlas del torno, retoca las faltas, operación que denomina «reforzar».

Se utiliza el molde para los fondos de piezas ovaladas; a esos fondos se unen las paredes, obtenidas sobre el torno. (Foto 4.)

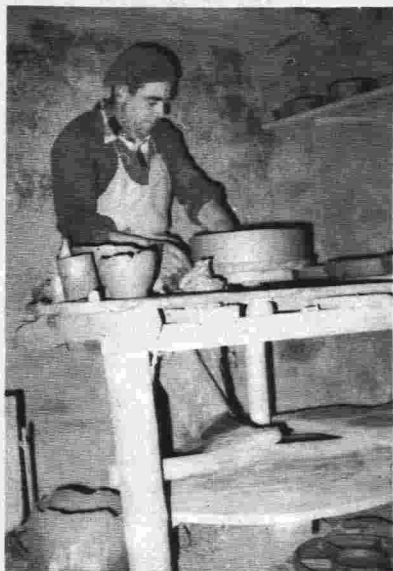


Foto 4

Los instrumentos auxiliares que utiliza son:

«Tiradera». Trozo de madera, de forma más o menos ovalada, que utiliza para «redactar» la forma. (Foto 5.)

«Alpañata». Trozo de material para suavizar las paredes.

«Hilo de plástico». Para separar la pieza de la cazuela. Antes utilizaba hilo de carrete del número 1 o del número 3. Nunca usa alambre, por considerar que si es fino se parte, y si es grueso no corta.

«Cuchillo». Trozo de palo para recortar, por fuera, la arcilla sobrante de la base.

«Lezna». De punta muy fina, que utiliza para hacer agujeros.



Foto 5

Generalmente no decora las piezas, aunque en ocasiones hace unas líneas incisas, de zig-zag, en la parte superior. Casi todas las piezas llevan vidriado, para lo que utiliza un recipiente llamado «tiesto de bañar», en el que tiene una disolución de minio y agua, ya de preparación industrial.

El horno, construido por el propio alfarero con adobes no refractarios, consta de dos partes: en la inferior, el hogar, y en la superior la cámara, comunicadas ambas por los «tirafuegos». Una vez cargado, se cierra con adobes, dejando una mirilla a la misma altura de las últimas piezas introducidas para observar cómo va la cochura. De esta forma se puede controlar el fuego, más o menos de acuerdo con lo avanzado del proceso de cocción en los distintos sectores de la cámara. Cuando las llamas que suben sobre las piezas son de color rojo amarillento, la cochura está terminada. Como combustible, utiliza ramas de estepa o jara, u hoja de encina; en general, prefiere el combustible que da llama al que da calor.

Aunque prefiera hacerlo en verano, dado el menor tiempo que necesitan las piezas para secarse, el número de cochuras al año no es fijo, sino que depende de la demanda.

Generalmente trabaja por encargo, adaptándose a los modelos que le dan; sin embargo, a esta producción suma la de los objetos que él diseña o copia (comederos de patos) y los modelos tradicionales de uso cotidiano, como cántaros, botijos, cazuelas para asados, etc. (7).

## CONCLUSION

La desaparición de la inmensa mayoría de los centros alfareros de la provincia, además de la progresiva revalorización de estos productos populares en el mercado, son dos de los principales factores que permiten la subsistencia del taller de Fresno. No obstante, ha pasado por épocas de inactividad en las que el artesano se ha visto obligado a dedicarse a labores agrícolas (cultivo de la patata de 1967 a 1973). Así y todo, la primitiva labor se ha visto repetidamente modificada, no sólo en el transporte del barro, ahora con tractor, sino en el empleo del minio, antes galena que había que moler, y en la misma tipología de las piezas, que responde a factores de moda y gusto del mercado, mediatizado en muchos casos por ese falso concepto de lo «popular», extendido en ciertos sectores de la sociedad actual.

Por otro lado, ese mercado se ve favorecido por el hecho de que sea el mismo alfarero el que extraiga, transporte y trabaje el barro, lo que permite eliminar intermediarios y rebajar los precios finales de sus productos. Hace algunos años era también el alfarero el que llevaba sus piezas al mercado de Ayllón y las vendía. Hoy, y ya dentro del proceso de cambio de estructuras a que el campo se ve sometido, «no merece la pena»; la demanda ha dado, y está dando, un giro diametral a sus exigencias. Así, son los alfareros que han sabido esperar a este cambio, o que han podido hacerlo, los que pueden subsistir en las circunstancias por las que actualmente atraviesa el mundo rural.

Segovia, junio 1977.

(7) Sobre este extremo puede consultarse Seseña, N.; Vossen, R., y Köpke, W.: «Guía de los alfares de España», Ed. Nacional, Madrid, 1975, pág. 192.